

# La cartera

NEFELIBATA



FRANCESCA GIANNONE

# La cartera

Traducción de Maribel Campmany



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2024

Título original: *La portalettere*

© 2023, Casa Editrice Nord s.u.r.l.

Gruppo editoriale Mauri Spagnol

© de la traducción, 2024 de Maribel Campmany Tarrés

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona 11, 3.<sup>o</sup> 1.<sup>a</sup> izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19834-22-5

Código IBIC: FA

DL: B 4.108-2024

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime S.L.

[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*A mi hermana Elisabetta.  
Donde tú estés, estaré yo.*

*Deborah: ¿Has esperado mucho?*  
*Noodles: Toda la vida.*

De *Érase una vez en América* (1984),  
de Sergio Leone

# PRÓLOGO



13 DE AGOSTO DE 1961

Lizzanello (Lecce)

—¡La cartera ha muerto!

La noticia se propagó como un relámpago a través de cada calle y callejón del pueblo.

—Pues al final sí que ha estirado la pata —comentó doña Carmela, asomando la cabeza por la puerta con aspecto somnoliento. El cerco negruzco de rímel del día anterior se le había quedado pegado en las arrugas de debajo de los ojos.

—¡Descanse en paz! —replicó la vecina de enfrente vestida con una bata, y se santiguó.

—Ya decían que no se encontraba bien —se entrometió otra desde el balcón—. Hacía tiempo que no se la veía por ahí.

—Los bronquios, he oído decir —puntualizó una mujerona que estaba barriendo el umbral de su casa.

—Tenía la enfermedad de los carteros —explicó la del balcón—. ¿Os acordáis de Ferruccio? Él también murió joven.

Doña Carmela hizo una mueca.

—Voy a planchar el vestido de las fiestas —dijo.

Y volvió a entrar.

En otra casa no demasiado distante, donde terminaba el núcleo habitado y comenzaban los olivares, Giovanna estaba sentada a la mesa de la cocina y derramaba lágrimas sobre una postal fe-

chada el 22 de mayo de 1936. La dobló por la mitad, se la metió en el hueco de los senos y salió.

Según las últimas voluntades de Anna, el velatorio se había dispuesto en el jardín de granados y albahaca, en la parte trasera de la casa. El mortero, que se trajo desde Liguria hacía casi treinta años, se lo habían puesto al lado del féretro, en el que había dos pares de calcetines de recién nacido, uno rosa y otro azul, y el anillo de boda de Carlo, que Anna había insistido en llevar consigo, colocado en el dedo encima de su alianza. No necesitaba nada más para despedirse de la vida, dijo pocas horas antes de expirar.

Roberto se balanceaba cerca del ataúd, fumando un Nazionali sin filtro tras otro. Su mujer, Maria, estaba sentada en una de las sillas de mimbre que hacían de escudo al féretro, pero no dejaba de moverse. La tripa de nueve meses la estaba haciendo sudar de manera desmesurada; si era una niña, iba a llamarla Anna, como había prometido.

La procesión de hombres y mujeres venidos a expresar sus condolencias había empezado ya con las primeras luces del día. «Menos mal que he preparado termos de café en abundancia», pensó Maria, cambiando de posición por enésima vez. En ese instante entró, compacto, el grupito de mujeres capitaneado por Carmela, envuelta en un vestido azul marino, el pelo peinado en un moño y una gruesa línea de lápiz negro en los párpados. Como una prima donna, sacó pecho y avanzó hasta el ataúd, orgullosamente consciente de las miradas curiosas que, como moscas, se le quedaban pegadas. El beso dirigido a la difunta, el apretón de manos a Maria, el abrazo a Roberto: una interpretación magistral.

Le birló la escena la llegada de Giovanna, que entró de sope-tón y se lanzó hacia Anna, abrazándola y besándole la cara tanto rato que incomodó a todos los presentes.

—Siempre ha sido rara, esa —murmuró alguien.

A continuación, Giovanna se incorporó, se sacó la postal del hueco de los senos, la desplegó y se la dio a Roberto, que acababa de encender otro cigarrillo.



—¿Qué es? —preguntó él, dándole vueltas entre las manos.

—Lee —respondió Giovanna, secándose los ojos.

—«Muchos saludos a todos» —leyó Roberto.

A continuación, se quedó mirando a la mujer, perplejo.

—No, ahí no. Aquí, ¿lo ves?

Giovanna posó un dedo en la esquina superior derecha.

Roberto se fijó en que los sellos habían sido arrancados y dejaban al descubierto una serie de minúsculas palabras.

—Fue idea de tu madre —explicó Giovanna con la voz quebrada—. Solo a ella podía ocurrírsele una cosa así.

Roberto se acercó la postal a los ojos y se esforzó en descifrar lo que había escrito. Seguidamente miró a Giovanna, confuso.

—Me hacía escribir un mensaje secreto para mi enamorado y después pegaba los sellos encima —explicó ella—. Nos escribimos durante años.

Roberto esbozó una sonrisa y se dispuso a devolverle la postal, pero Giovanna lo detuvo.

—No, esta debes guardarla tú —insistió, posando su mano sobre la de él—. De recuerdo.

—Está bien —aceptó Roberto. Y, mientras miraba a Giovanna alejarse renqueando, dobló la postal por la mitad y se la metió en el bolsillo lateral de la americana.

En ese momento, una anciana de cara redonda y espesos cabellos canos recogidos en una coleta que le caía a un lado se acercó y dejó un jarrón de flores blancas a los pies del ataúd.

«Quién sabe si vendrá el tío Antonio», pensó después Roberto, tirando la colilla al suelo. Se preguntó si ya habría leído la carta. «Llévasela a tu tío en cuanto yo ya no esté», le había pedido su madre, entregándole un sobre blanco cerrado.

Anna y Antonio no se hablaban desde hacía nueve años, después de aquella noche.

¿Cuán tenaz puede ser el amor que cede ante el odio?

# PRIMERA PARTE



JUNIO DE 1934 – DICIEMBRE DE 1938

# 1

Lizzanello (Lecce)

Junio de 1934

El autobús de línea azul oscuro, destartelado y oxidado, se detuvo chirriando en el asfalto ardiente de primera hora de la tarde. El viento, húmedo y bochornoso, hacía ondear las hojas de la gran palmera que se alzaba en el centro de la plaza desierta. Los tres únicos pasajeros que había a bordo bajaron: Carlo el primero, con el puro apagado entre los dientes, vestido de punta en blanco con chaleco y los *oxford* de piel marrón bien lustrados, impolutos después de un viaje que, primero en tren y después en autobús, había durado dos días. Se atusó el bigote y, con los ojos cerrados, se embriagó de ese aroma especial que siempre había tenido su pueblo, una mezcla de pasta fresca, orégano, tierra mojada y vino tinto. Cuánto lo había echado de menos durante sus años en el norte, primero en Piamonte y después en Liguria; en los últimos tiempos, la nostalgia que siempre había sentido se había vuelto constante, dolorosa, como un peso en el pecho. Se quitó el sombrero de fieltro y lo usó a modo de abanico, pero solo consiguió mover el aire caliente. En verano, el siroco que soplabla de África era tan despiadado como recordaba.

Anna lo percibió en cuanto puso un pie en el suelo. Llevaba un vestido negro largo, señal del luto que se obstinaba en mantener desde hacía ya tres años, y sostenía a duras penas a Roberto, un niño de un año de mirada avispada.

Carlo alargó la mano para ayudarla, pero Anna sacudió la cabeza.

—Ya me apaño —dijo sin poder disimular su enojo.

La alegría de Carlo, su entusiasmo, como si por fin le hubieran devuelto su juguete favorito después de un largo castigo, le resultaba incomprensible. Ella solo quería dormir: había sido un viaje agotador. Observó la plaza, el extraño amarillo pajizo de los edificios, los letreros descoloridos de las tiendas, la torre gris del robusto castillo. Era el nuevo decorado de su vida, y era todo tan distinto a lo que conocía... En ese momento se dio cuenta, con una punzada en el pecho, de lo lejos que estaba su Liguria, su Pigna tendida sobre la colina, sus bosques de castaños.

—Antonio ya debería estar aquí —refunfuñó Carlo, mirando a su alrededor—. Sabe que el coche de línea llega a las tres. —Levantó los ojos hacia el gran reloj del ayuntamiento—. Y son las tres y cuarto...

—No me sorprendería que por estas tierras los relojes se movieran a cámara lenta —respondió Anna, secando con el puño del vestido la frente sudada de Roberto.

Carlo le dirigió una mirada divertida y, a continuación, negó con la cabeza, riéndose; de su mujer le gustaba todo, incluso su afilada ironía.

—¡Aquí está! —exclamó Carlo, mostrando una amplia sonrisa.

Corrió a su encuentro. Le echó los brazos al cuello a su hermano, lo abrazó con fuerza y, a continuación, le saltó encima, de tal modo que Antonio perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse.

Anna observó a los dos hombres que reían como niños y no se movió; ese momento debía pertenecerles solo a ellos. No pasaba un día en que Carlo no nombrara a su hermano: «Antonio pensaría esto...», «Antonio haría aquello...», «¿Te he contado alguna vez aquel día que Antonio y yo...?». A pesar de los años que llevaban viviendo alejados, que habían llenado con paquetes de viandas y aceite de oliva que llegaban puntualmente desde el sur,

junto con postales, cartas y telegramas, su relación no se había resentido; es más, parecía que se hubiera reforzado.

Carlo agarró a Antonio por el codo y lo arrastró hasta Anna.

Era impresionante lo mucho que se parecía a su marido, pensó ella cuando lo tuvo a un palmo: el mismo rostro afilado, solo que con alguna arruga más y sin bigote, las mismas pupilas negras como la noche, la punta redonda de la nariz, el labio inferior apenas más turgente que el superior..., como un cuadro reproducido fielmente a partir del original.

—Ella es mi Anna —dijo Carlo, muy contento—. Y este niño precioso es tu sobrino. Por fin lo conoces.

Antonio sonrió, cohibido, pero enseguida alargó la mano y Anna se la estrechó débilmente. Aunque la mirada no, pensó ella, no tenía nada que ver con la de Carlo, tan astuta, de seductor. Los ojos de Antonio eran intensos y melancólicos y, en ese momento, parecía que la estuvieran escarbando por dentro. Anna sintió que se ruborizaba y apartó la mirada. «¡Ya está, me he puesto colorada, diantre!», pensó.

Antonio también desvió la mirada.

—Yo soy tu tío —le dijo después a Roberto con una sonrisa, acariciándole la cabecita.

El oro de la alianza reflejó la luz del sol. Todavía con los ojos bajos, Anna le pasó al niño.

—Pero qué guapo eres. —Se iluminó Antonio, levantándolo por las axilas.

—Como su madre —intervino Carlo, y acarició la mejilla de Anna con el dorso de la mano.

Ella no se apartó, pero se notaba claramente que no estaba de humor para cumplidos.

El chófer del autobús de línea, con la camisa empapada que se le había quedado pegada, acabó de descargar las maletas y una gran caja de cartón. A continuación, saludó al grupito levantando la visera del sombrero y, jadeando, se encaminó sin fuerzas hacia el único bar de la plaza, el bar Castello.

Carlo cogió las dos maletas.

—Ocúpate tú de la caja —le ordenó a Antonio.

Y se puso en marcha.

Anna cogió a Roberto de los brazos de su tío al tiempo que le conminaba:

—Ten cuidado. Ahí dentro están las cosas más preciadas que tengo.

Con una pizca de vergüenza, se dio cuenta de que eran las primeras palabras que le dirigía.

—Iré con cuidado, te lo prometo —contestó él.

Levantó la caja con delicadeza, la sostuvo firmemente por la base con ambas manos y siguió a su hermano. Anna caminaba a su lado: el repiqueteo de sus tacones sobre el adoquinado pulido y resbaladizo parecía ir al unísono con su respiración, ligeramente agitada.

—Ya casi hemos llegado —la tranquilizó Antonio, dedicándole una pequeña sonrisa.

La casa destinada a Carlo y Anna se encontraba en la Via Paladini, a pocos pasos de la plaza. Tiempo atrás era donde vivía Luigi, su tío materno, apodado «el Patrón» por las muchas hectáreas de terreno que poseía. Hizo dinero, pero no tuvo hijos, por eso se lo dejó todo a Antonio y a Carlo: tierras, casas y una bonita suma para vivir tranquilos una temporada.

Por culpa de ese condenado tío había tenido que abandonar su vida en Pigna y a sus alumnos para trasladarse al sur, pensó Anna. Y lo odió, a pesar de que estuviera muerto.

Antonio dejó la caja delante de la entrada y hurgó en el bolsillo del pantalón en busca de la llave. La metió en la cerradura del portón de madera y lo abrió de par en par: el haz de luz que se coló desde el exterior reveló un delicioso patio con una bóveda estrellada y paredes de color miel, y, en el centro, una mesita redonda de mármol y dos sillas de hierro forjado; en una esquina había una maceta de barro con una planta reseca desde hacía ya unos cuantos meses.

Carlo dejó las maletas en el patio y empezó a recorrer la casa, subiendo y bajando escaleras, inspeccionando cada rincón y levantando las sábanas que cubrían los muebles del gran salón con chimenea. Apoyado en el marco de la puerta de entrada, Antonio lo seguía con la mirada y sintió que la emoción lo embargaba. Cómo había echado de menos a su Carlo juguetero, el hermanito de los grandes abrazos. Mientras Carlo estuvo a su lado nunca había necesitado a los demás: era su hermano, claro, pero sobre todo era su amigo más querido, su compañero de tropelías favorito, el único que lo conocía en profundidad. Cuando se fue, lo embargó la sensación de que estaba solo en el mundo. Y nadie fue capaz de apartar esa soledad, de dar color a su mundo. Ni siquiera, pensó con una pizca de remordimiento, su mujer, Agata, o su hija, Lorenza.

Anna miraba a su alrededor sosteniendo a Roberto en brazos y pensaba que la casa era demasiado grande para tres personas y que los techos eran exageradamente altos para su gusto. Estaba convencida de que el amor no necesitaba ni demasiadas estancias ni habitaciones que cerrar con llave: habían pasado los primeros años de matrimonio en un apartamento de tres piezas y techos bajos, y aun así habían sido felices, oh, si lo habían sido. «El espacio físico, cuando es demasiado, también aumenta la distancia entre los corazones: ¿cuándo se ha visto que las princesas vivan felices en un castillo?», pensó.

—Anna, ven a ver esto —exclamó Carlo, yendo hacia ella y tirándole de la mano—. Tú también, Antonio.

La condujo a través del salón, el comedor y la cocina hasta salir a un pequeño jardín lleno de granados.

Anna sonrió. No ocurría desde el momento en que había subido al tren que viajaba hacia el sur, pero esa visión era la primera y verdadera señal de esperanza que le daba ese viaje: las flores rojas con forma de cáliz y la corola amarilla, las hojas puntiagudas de un verde intenso, el contraste encendido de colores, los troncos retorcidos... Le gustó todo. Pensaba plantar también

un montón de albahaca que impregnase el aire con su aroma. «Lo justo para sentirme en casa. Al menos un poco».

—*Quel délice! Mon jardin secret!* —exclamó, y estampó un beso en el moflete de su hijo.

Antonio la observó, sorprendido, e interrogó a Carlo con la mirada.

—Sí, de vez en cuando mi Anna sale con alguna frase en francés. Sabes...

—En mi tierra es bastante normal, ya que me crie en la frontera con Francia —lo interrumpió Anna, volviéndose por un momento.

Miró a Antonio con sus grandes ojos del color de las hojas de olivo, que resaltaban gracias al negro de sus cabellos, recogidos en una trenza floja. La piel diáfana y fina, de una criatura que no pertenecía a esa tierra, se le arreboló en las mejillas. Antonio no habría sabido decir si era a causa del calor o si había sido él la causa de que se hubiera vuelto a sonrojar.

A continuación, Anna dio la espalda a los dos hombres y se puso a palpar con delicadeza el tronco de un granado.

«Tal vez en la biblioteca municipal tengan una gramática francesa», pensó Antonio. Iría a preguntarlo al día siguiente.



—¿Y qué? ¿Cómo es? —Esa noche, Agata, la mujer de Antonio, no paraba de hacerle preguntas—. ¿Es alta? ¿Iba bien vestida? ¿Le ha gustado la casa? ¿Qué ha dicho? ¿Parecía contenta?

Antonio se levantó del sillón.

—No lo sé —dijo con un suspiro—. Creo que sí.

Algunas veces, Agata era como un torrente.

—¿Es guapa? —continuó ella, yendo tras él.

¿Que si era guapa? Antonio nunca había visto mujeres así. Había sido como una bofetada que lo había dejado aturdido. Esos ojos verdes... No podía dejar de pensar en ellos: tan intensos y llenos de luz, con un estrabismo apenas perceptible, muy dulce, y enmarcados por dos surcos armoniosos; y después esa nariz recta



y orgullosa, de estatua griega, y también el porte, sólido y seguro, a pesar de los tobillos delgados de niña.

—Normal —respondió—. No me he fijado.

—Mira que eres —se quejó Agata, decepcionada.

Le habría gustado que le hiciera un resumen detallado y, en cambio, debía conformarse con algún que otro monosílabo.

—Siéntate, venga —resopló ella—. ¡Lorenza! —gritó, a continuación, mirando hacia arriba—. Baja, la comida está lista.

Mientras Agata salía de la cocina con una cazuela humeante en las manos, se oyeron los pasos rápidos de la niña por la escalera.

—Hola, papá —lo saludó Lorenza, estampándole un beso en la mejilla.

Antonio le acarició la cabeza y, en cuanto Lorenza se hubo sentado, le preguntó qué había estudiado en el colegio ese día. No veía la hora de cambiar de tema y esperaba que la presencia de la niña callaría a Agata de una vez por todas.

La mujer sirvió dos cucharones de estofado de verduras en el plato de Lorenza, después cogió el plato de Antonio y le sirvió a él. «Esas manos —pensó Antonio—, siempre estropeadas, con los nudillos desollados y las uñas estriadas a fuerza de mordérselas». Habían pasado diez años desde su primer encuentro y él todavía apartaba la mirada. «Qué quieres, son manos trabajadoras», lo cortó Agata, molesta, la única vez que él le aconsejó tímidamente que se las cuidara.

En cambio, las manos de Anna... Claro que se había fijado. Tan cuidadas, lisas, suaves solo de mirarlas.

—Italia es una península, que quiere decir que está rodeada de mar por tres partes... —estaba diciendo Lorenza, recitando con entonación.

—¿Cuándo la conoceremos? —la interrumpió Agata, sentándose.

—Vamos a darles tiempo para que se instalen —contestó Antonio, y sopló la cuchara caliente.

—Una comida de bienvenida —exclamó Agata, fingiendo que no lo había oído—. Eso es lo que hace falta. ¡El próximo domingo!



El domingo siguiente Agata se despertó con las primeras luces del día. Cerró suavemente la puerta del dormitorio para no despertar a Antonio y se dirigió al baño. Se quitó el camisón blanco que le apretaba las generosas caderas y se puso un vestidito de algodón marrón, cómodo y de manga corta, el que se había quitado la noche anterior y que había colgado al lado de la toalla. Se cepilló rápidamente el cabello cobrizo mirándose al espejo y, a continuación, se lo ató en una cola baja y se lavó la cara.

Con pasos sigilosos, bajó la escalera y fue a la cocina. Preparó la cafetera y la puso al fuego; mientras tanto, empezó a picar una cebolla, una zanahoria y un tallo de apio. Puso aceite en una cazuela alta y echó dentro las verduras picadas. En poco tiempo, el aroma a sofrito se esparció por la cocina y se mezcló con el de café. Vacío en la cazuela los dos tarros de tomate triturado, rectificó de sal y seguidamente la tapó. Se sentó un momento para tomarse el café y repasó todo lo que todavía quedaba por hacer: tenía que preparar la masa para las *orecchiette* y hacerlas a mano de una en una —«¿Un kilo? Sí, será suficiente...»—, dar forma a las albóndigas de pan y queso, freírlas y ponerlas en la salsa. Se imaginó el almuerzo, a ella sirviendo los platos uno tras otro y las reacciones de Carlo y Anna: «Madre mía, qué exquisitez», decía Carlo, haciendo girar la mano en el aire. «Ah, cuánto he echado de menos nuestra cocina. Y estas albóndigas, ¡parece que estés comiendo carne de verdad!». Mientras todos rebañaban el plato con el pan para saborear la salsa hasta la última gota, Antonio la miraba lleno de orgullo y pensaba en lo afortunado que era por tener a una gran cocinera como esposa.

«Tienes que enseñarme a hacerlas», añadía entonces Anna, mirándola con admiración. Y Agata, con una sonrisa, le respondía que le enseñaría encantada. Iban a ser grandes amigas, estaba segura de ello.

Bebió el último sorbo de café, se levantó y dejó la taza sucia en

el fregadero, cogió una *puccia* de pan de la despensa y empezó a horadarla para sacar la miga.

Decidió que de los dulces se encargaría Antonio. En cuanto se despertase, lo mandaría a comprar una bandeja de pastas de almendra al bar Castello.

Anna y Carlo llamaron puntuales a la puerta a las doce y media.

—Ya están aquí —dijo Agata con un destello de felicidad en los ojos. Se desató el delantal, lo tiró en la silla de la cocina y fue corriendo a abrir.

Antonio, que estaba sentado en el sillón leyendo el *Corriere della Sera*, dobló el periódico por la mitad, se levantó y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Agata abrió la puerta.

—¡Bienvenidos! —exclamó con voz chillona y las mejillas arreboladas.

Carlo le sonrió y se lanzó a abrazarla; en diez años solo se habían visto tres veces y por pocos días: la primera, cuando él volvió a Apulia para hacer de testigo en su boda, la segunda, para celebrar el nacimiento de Lorenza, y la tercera, en el funeral de su padre.

Anna se quedó en la puerta sosteniendo a Roberto en brazos, que se había quedado profundamente dormido y se recostaba en su hombro.

—Anna, querida —dijo Agata, estampándole dos besos húmedos en la cara, uno en cada mejilla—. Por fin, tenía muchas ganas de conocerte —siguió diciendo, con la voz temblorosa—. Pero entrad, por favor —los invitó, a continuación, extendiendo el brazo—. Sentaos donde queráis. —Y con un dedo se secó el sudor entre la nariz y los labios.

Antonio fue a su encuentro. Abrazó a su hermano con fuerza y después saludó a Anna levantando la barbilla.

—¿Cómo estás? —le preguntó, esbozando una sonrisa.

—Bien —contestó ella, mirando a su alrededor, un poco aturrida—. Todo lo bien que se puede estar en...

—Y mi sobrina, ¿dónde está? —la interrumpió Carlo—. Ya estará hecha toda una mujercita.

—¡Lorenza! —chilló Agata en dirección a la escalera.

Anna hizo una mueca e, instintivamente, tapó con una mano el oído de Roberto que, a pesar de todo, siguió durmiendo.

—¡Ven! ¡Ya han llegado!... —A continuación, bajando la voz, dijo a Anna—: A esta hija mía siempre hay que llamarla cien veces. ¡No hay manera de que esté lista! —Y se echó a reír.

Carlo empezó a vagar por el salón mirando a su alrededor con las manos cruzadas a la espalda.

—Anna, querida, no te quedes de pie. Siéntate aquí —la invitó Agata, señalando el sofá de terciopelo verde en el centro de la sala.

Anna se lo agradeció y se dispuso a acercarse al sofá.

—Pero antes llevaremos al niño a la habitación. Si no, aquí se despertará —le propuso Agata.

—Sí, tal vez sea mejor, gracias —accedió Anna.

—Faltaría más. Ven, ven —la animó Agata, acompañándola con un brazo por detrás de la espalda—. Así también le damos un poco de prisa a mi hija. —Y empezaron a subir la escalera.

—Lo has dejado todo como estaba —observó Carlo en un tono vagamente sorprendido en cuanto estuvo a solas con su hermano.

Antonio todavía vivía en la casa en la que ambos se habían criado, separada unos cien metros de la vivienda del tío Luigi. Hasta que su padre murió, Antonio, su mujer y su hija vivieron con él, ocupando el cuarto que ahora había pasado a ser el dormitorio de la niña. Los muebles, toscos y algo recargados, eran los que habían comprado sus padres antes de casarse: el sofá de terciopelo verde, ahora con los reposabrazos desgastados, era el mismo en que Carlo y Antonio se acurrucaban de pequeños en brazos de su padre frente a la chimenea las noches de invierno; los cuadros que su madre había pintado cuando todavía era joven y tenía salud, y que representaban campos de olivos, seguían colgados en el mismo sitio, junto al hogar; los adornos —a su padre

le gustaba coleccionar objetos de todo tipo, especialmente miniaturas de hierro forjado— no se habían movido, e incluso la manta de lana de su madre estaba todavía encima de su sillón, junto a la ventana, donde a Antonio le encantaba sentarse.

—Me gusta así —contestó Antonio, encogiéndose de hombros.

En el piso de arriba, después de haber tendido a Roberto en la cama de matrimonio protegido con dos almohadas, una en cada lado, Agata recorrió el pasillo y condujo a Anna al cuarto de Lorenza. Abrió la puerta entornada: la niña estaba sentada en el suelo, jugando completamente absorta con una muñeca de trapo.

—¿Cómo es posible que nunca contestes cuando te llamo? —la regañó Agata.

Anna entró en la habitación pasando por delante de Agata y se agachó junto a la niña.

Lorenza se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Hola —le dijo Anna con una sonrisa—. Soy tu tía Anna. —Y le tendió la mano.

La niña le devolvió la sonrisa y le estrechó la mano.

—Yo me llamo Lorenza.

—Sí, lo sé.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete —respondió Anna.

Lorenza empezó a contar en voz baja abriendo los dedos.

—Ocho menos que mamá —dijo a continuación—. Yo tengo nueve, así. —Y se lo indicó con ambas manos.

—Eso también lo sé. —Sonrió Anna.

—¿Es verdad que habéis venido desde muy lejos?

—Oh, sí, desde muy muy lejos.

—¿Lejos como América?

Anna se echó a reír y, seguidamente, le acarició la mejilla.

—Más o menos —dijo.

Los ojos de Lorenza eran iguales a los de Antonio y de Carlo: oscuros y penetrantes, con un brillo que los hacía resplandecer desde dentro.

—Eres muy guapa, ¿lo sabes? —dijo Anna, dejando resbalar entre los dedos los cabellos de su sobrina, del mismo color cobrizo que los de Agata.

—Tú también. Eres guapísima.

—Oh, gracias.

Anna se acercó y la estrechó entre sus brazos. Se la imaginaba justo así, a su Claudia, su niña perdida, si hubiese tenido tiempo de crecer.

—Lorenza, ¿y bien? —la llamó Agata desde la puerta, con tono molesto—. Ponte los zapatos y baja, vamos. El tío Carlo quiere saludarte.

En cuanto oyeron los pasos en la escalera, Carlo y Antonio se levantaron del sofá. Antonio se fijó en que Agata tenía una expresión enfurruñada, como si la alegría de un rato antes se hubiera desvanecido de golpe. Lorenza, en cambio, parecía realmente contenta de ir de la mano de Anna que, por fin, estaba sonriendo. «Debería sonreír más a menudo», pensó. Se volvía aún más hermosa...

—¡Tío! —gritó Lorenza, corriendo a su encuentro.

Carlo rio y abrió los brazos, después la levantó y la hizo girar como una peonza por la sala mientras la niña se reía a más no poder.

—Despacio, que se va a marear —le advirtió Anna.

—Venga, todos a la mesa —dijo Agata—. Voy a echar la pasta, de la fresca, y apenas la pones a hervir ya tienes que sacarla.

Se dirigió a la cocina esperando que Anna la siguiese para ayudarla. Sin embargo, vio que apartaba la silla y se sentaba. «Es de locos», pensó entonces, sacudiendo la cabeza. Si había otra mujer entre los comensales, le tocaba ayudar a la anfitriona a servir la mesa. Así era como se hacía: había ciertas cosas que no era necesario pedir.

—¡Yo al lado de la tía! —gritó Lorenza, ocupando la silla junto a la de Anna.

—Lorenza, ven a ayudarme —la llamó Agata, brusca.

—Papá se ocupa, tranquila —le dijo Antonio a su hija, invi-

tándola a que se quedara sentada. Y se reunió con su mujer en la cocina.

Cuando los platos estuvieron en la mesa, todos se sentaron. Agata se santiguó y con las manos juntas y los ojos bajos recitó el padrenuestro; Carlo y Antonio dejaron al instante la cuchara que ya tenían en la mano y la imitaron.

—Y tú, tía, ¿no rezas? —preguntó de repente Lorenza.

Agata levantó la mirada.

—Yo no creo —contestó Anna, lacónica.

Carlo carraspeó y miró a su alrededor.

—¿Qué quiere decir que no crees? —la apremió la niña, asombrada.

—Ahora comamos, que si no se enfría —la interrumpió Agata.

Antonio tenía los ojos pegados a Anna como si la vista se le hubiese encasquillado y solo los apartó cuando se dio cuenta de que su mujer lo estaba mirando a su vez, con el ceño fruncido. Entonces le devolvió una torpe sonrisa, cogió la cuchara, agachó la cabeza y empezó a comer.



Unas horas más tarde, en la dulce calma que seguía a la comida dominical y con la luz de la tarde filtrándose por las cortinas corridas, Antonio estaba en su butaca con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas en el regazo, contemplando el suelo con mirada absorta. De la cocina llegaba el tintineo de la vajilla y el gorgoteo del agua mientras Agata aclaraba los platos enjabonados. Se mostraba insólitamente taciturna y, aun así, resoplaba sin parar. Lorenza estaba descansando en su cuarto.

—Ya he acabado, por fin —anunció Agata, apareciendo en la sala de estar con aspecto exhausto—. Voy a echarme yo también.

Antonio se despabiló y levantó los ojos hacia su mujer.

—Claro, ve. Debes de estar cansada...

—Bueno, sí —respondió ella, resentida—. Tanto esfuerzo para nada.

—¿Por qué «para nada»? A mí me parece que ha ido bien. Estaba todo riquísimo, como siempre.

—Ah, me alegro de oírlo, al menos alguien se ha dado cuenta.

Antonio desenlazó las manos y se inclinó ligeramente hacia delante, con los codos en las rodillas.

—¿Qué ocurre, Agata? —le preguntó con una pizca de impaciencia.

La mujer contestó con una pequeña mueca y agitó la mano, como diciendo que lo dejara correr. Se dispuso a subir la escalera, pero entonces se detuvo un instante, con un pie en el primer peldaño.

—En cualquier caso, es verdad lo que dicen sobre la gente del norte —se limitó a comentar, antes de desaparecer al otro lado de la pared divisoria.